



**A UN PISO
DE DISTANCIA**
PATRICIA BONET

**A UN PISO
DE DISTANCIA**
PATRICIA BONET

EDICIONES KIWI, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-37-0
Depósito Legal: CS 666-2022
Copyright © 2022 Patricia Bonet
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Paola C. Álvarez

Código THEMA: FR

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para amantes del enemies to lovers.

Qué fina es la línea que separa el odio del amor.

I feel pretty
Oh so pretty
I feel pretty and witty and gay
And I pity
Any girl who isn't me today.

Leonard Bernstein

West Side Story

CAPÍTULO 1

Me llamo Shawn Porter

~Hailey~

Me estoy meando. Es que, como no pueda entrar ya, voy a hacerme aquí mismo. Puedo ser más fina, pero el resultado no cambia.

Cruzo las piernas y comienzo a dar saltitos. En estos momentos odio ser mujer. ¿Por qué la cola para entrar en nuestro baño siempre es kilométrica? Además, es que parece que avancen a paso de tortuga.

Me pongo de puntillas y observo las cabezas que tengo delante. Cuento unas diez. ¿Cuando he llegado había tantas? Seguro que han llegado después y sus amigas las han colado.

Ahora, además de mearme, estoy indignada.

Echo un pequeño vistazo a la puerta del cuarto de baño de los hombres; no hay nadie esperando. Está cerrada y hay un cartel luminoso que solo yo puedo leer que pone: «Entra, Hailey. No te lo pienses». Así que, ¿quién soy yo para no hacerles caso a los carteles luminosos?

Me escabullo cual *ninja*, silenciosa y procurando no ser vista, y me planto frente a la puerta contraria a la mía. Como tampoco me apetece ver cosas que no debería, llamo con los nudillos y abro una rendija.

—¿Hay algún pajarito que no esté en su jaula? —La risa se me escapa por la nariz por mis propias palabras. Creo que voy más piripi de lo que pensaba.

Como nadie contesta, abro del todo y entro, decidida. No puedo evitar arrugar la nariz al hacerlo; huele a pis y el sitio está un

poco asqueroso, aunque también tengo que reconocer que está más limpio que el de las chicas: aquí no hay papel higiénico tirado en el suelo, de ese que pisas con las suelas de tus zapatos sin darte cuenta y que después paseas por todo el local con toda la dignidad que, en realidad, no tienes.

Sí, está claro que hablo por experiencia.

Observo los urinarios que cuelgan de la pared: me parecen la cosa más antihigiénica del mundo. ¿Es necesario mear delante de los demás? Mientras lo hacen, ¿se medirán las pollas a ver quién la tiene más grande?

Vale, estoy divagando y, como no me dé prisa en hacer mis necesidades, al final vendrá alguien. Entro en uno de los cubículos y pongo el pestillo. Me desabrocho el botón de los vaqueros y me los bajo, junto con el tanga, hasta la altura de las rodillas, procurando que no toque el suelo. Pongo el culo en pompa, así, echado hacia atrás y sin sentarme en el váter por miedo a coger una infección, comienzo a mear.

No llevo más que unos segundos cuando pasa; la puerta del baño se abre y escucho como entra alguien.

—Mierda... —siseo entre dientes, hablando muy muy bajito para que el intruso no me escuche.

Me miro los pies y maldigo para mis adentros cuando me doy cuenta de que la puerta está abierta por abajo. Si quien sea que acaba de entrar mira en mi dirección, verá unos zapatos de tacón que, evidentemente, son de mujer. Nunca me ha importado llamar la atención ni mucho menos lo que la gente pueda pensar de mí, pero tampoco me apetece tener que dar explicaciones de por qué estoy en el baño de los chicos y no en el de las chicas.

Contengo la respiración, como si así el que está fuera no vaya a darse cuenta de mi presencia, y agudizo el oído; escucho el grifo abrirse y cerrarse; después, como se baja una cremallera y poquito después, el chorro caer. Qué cosa más poco sexi, de verdad.

Estiro la mano para coger papel y... ¡Sorpresa! No hay. Me traigo un gruñido mientras meneo el cuerpo hasta hacer desaparecer la última gota. Eso sí, todo lo hago de forma silenciosa. O eso creo.

Escucho una cadena que no es la mía, otra vez la cremallera, el grifo del agua y, por fin, la puerta abrirse y cerrarse. Suspiro, aliviada, me subo la ropa interior con los pantalones y abro la puerta.

En cuanto lo hago, me llevo la segunda sorpresa de la noche: un chico rubio y alto, de más de metro ochenta, con los ojos grises y una sonrisa que, si alguien me lo pregunta, debería estar prohibida, me mira divertido apoyado en uno de los lavabos con los tobillos cruzados por delante del cuerpo y los brazos también cruzados sobre el pecho.

El silencio se apodera del espacio. Juro que no escucho ni la música que suena fuera, y eso que es difícil no hacerlo. Solo oigo el tronar de mis latidos contra el pecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tras unos segundos en los que ninguno ha dicho nada y solo nos hemos limitado a mirarnos fijamente. El chico echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Esa pregunta te la debería de hacer yo a ti, ¿no crees?

Pues sí, claro que lo creo, pero me hago la tonta.

Como él, me cruzo de brazos y lo miro con una ceja levantada.

—Estaba meando. ¿Algún problema?

—Por mi parte te puedo asegurar que no. —No sé si es por cómo lo dice, por cómo me mira o por el alcohol que corre por mis venas, pero puedo jurar que siento calor desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo de la cabeza.

—Y tú, ¿qué haces aquí? Se supone que te habías ido.

—Tú lo has dicho, se supone. Pero me intrigaba mucho conocer a la dueña de esos zapatos. —Señala mis pies con la cabeza. Me los miro y muevo los dedos.

—¿Eres un fetichista de los pies?

—Soy un fetichista de las cosas bonitas.

—Se supone que debería sentirme halagada, pero la verdad es que me da un poco de mal rollo.

—¿No te gusta que te digan que eres guapa?

—No me gusta que me lo digan tíos a los que acabo de conocer.

Y menos aún en un baño que huele a pis.

—Así que eres tiquismiquis. Por mí no hay problema. Podemos salir ahí fuera, colocarnos en medio de la pista y entonces te lo digo.

—¿Todo esto te funciona alguna vez? Porque déjame decirte que es bastante cutre.

—¿Tú crees? Porque normalmente sí que lo hace. ¿Contigo no?

—Ya te digo yo que no.

No sé qué me lleva a recorrerlo de arriba abajo. A lo mejor es su pose de «me la suda todo» o la de «soy guapo y lo sé». O porque él lo hace conmigo y yo necesito hacerlo con él. Aunque él lo hace de forma lenta, tomándose su tiempo, recorriéndome con esos ojos grises que siento en cada parte de mi cuerpo y que solo consiguen ponerme la piel de gallina.

En serio, he bebido demasiado. Si ya decía yo que mezclar tantas bebidas no podía ser bueno. Paso de volver a hacerle caso a Helena. Por culpa de esta loca, un día voy a terminar haciendo una estupidez; como la de sonrojarme por primera vez en mi vida porque un chico me mire y me suelte todas esas idioteces que acaban de salir de su boca, pero que a mí me han parecido sexis de la hostia. Aunque en mi defensa solo puedo decir que muchos chicos me han mirado, pero ninguno lo ha hecho como lo está haciendo este desconocido ahora mismo.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta de forma presuntuosa cuando mis ojos vuelven a los suyos después de analizarlo de pies a cabeza y vuelta a empezar.

Su tonito me hace reaccionar por fin. Me hace darme cuenta de quién soy y de que nunca, jamás, nadie me ha ganado al juego de la seducción. No voy a dejar que lo hagan ahora.

Aunque sea en un sitio que huele a pis.

Así que doy un paso atrás, hasta encontrar una pared en la que apoyarme, y me coloco exactamente igual que él. Sus ojos se

desvían un segundo a mis piernas —segundo que aprovecho para darle las gracias a mi hermana Chelsea por obligarme a ponerme estos pantalones que estilizan mi figura—, y luego vuelven a mi cara. Sonríe de forma coqueta mientras ladeo la cabeza.

—Esa pregunta te la debería de hacer yo a ti, ¿no crees?

Sonríe, está claro que ha reconocido la pregunta que él me ha hecho antes, y asiente.

—Puedo darte la respuesta sin vacilar. ¿La quieres? —Me encojo de hombros aparentando indiferencia. El rubio se aparta del lavabo y camina hacia mí despacio. Me mira tan fijamente que ni pestañea. Cuando está lo bastante cerca, se inclina hacia delante y me susurra—: No lo dudes.

La puerta del baño se abre y un chico con las gafas torcidas y el pelo cortado a capas entra. Se queda parado, mirándonos, primero a uno y después a otro. Da un paso atrás, sin soltar la puerta, y echa un vistazo al dibujo que hay pegado en esta.

—Eh... Es el baño de chicos, ¿verdad? —pregunta de todas formas, supongo que para asegurarse.

Es el momento de salir de aquí.

—Sí, pasa. Yo ya me voy.

—¿Puedes salir un momento? Terminamos aquí y te aviso —contesta, en cambio, el rubio. El chico de la puerta nos mira como si estuviera hastiado de la vida. Hasta escucho el suspiro que suelta.

—¿En serio? Es que necesito mear, tío. Meteos en cualquier cubículo, si a mí me da igual. Acabo rápido y me voy. Ni os enteraréis de que estoy.

Voy a dar un paso al frente, pero una mano en mi cintura me lo impide, sobre todo porque siento arder esa zona de mi cuerpo que acaba de tocar.

«No beber más, no beber más. El alcohol me está haciendo tener alucinaciones».

Aunque me toca, no me mira. Tiene la vista fija en el pobre chico de la puerta. Lo mira sonriente, como si fueran los mejores amigos del mundo.

—Cinco minutos, te lo juro. Y ya luego es todo tuyo.

Al pobre chico de la puerta lo veo dudar, pero al final no le queda más remedio que suspirar y salir por donde ha venido. Aunque puedo jurar que escucho un «joder» antes de que la puerta se cierre.

Una vez nos volvemos a quedar solos, el chico rubio vuelve a dirigir sus ojos hacia mí. Estamos muy cerca. Demasiado. Tanto que, si saco la lengua, le chupo la cara.

He aquí la pregunta: ¿quiero chupársela?

«¡Alcohol, Hailey! ¡Alcohol! No beber más, no beber más. El alcohol me está haciendo pensar gilipolleces».

—¿Dónde nos habíamos quedado? —Puedo jurar que su pregunta llega en una especie de jadeo. O a lo mejor el jadeo es mío, porque su mano sigue en mi cintura y mi piel arde cada vez más.

—En que me marchó ya. —No sé dónde encuentro la voz para hablar sin titubear, pero estoy a un paso de darme palmaditas en la espalda por lo bien que lo he hecho.

El chico da otro paso al frente. La punta de sus pies toca las mías y tengo que levantar la cabeza para mirarlo.

De puntillas. Si me pongo de puntillas, a lo mejor alcanzo su boca, lo beso y dejo salir de una puñetera vez este calor que siento.

—Tenemos cinco minutos, ¿recuerdas?

Arrugo la nariz y arqueo las cejas.

—¿Solo cinco? Creía que un tío tan seguro y pagado de sí mismo como tú aguantaría más de cinco minutos. Qué decepción.

Su risa rebota en las paredes de la habitación hasta dar con el mismísimo vértice de mis piernas. Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no cerrarlas.

Se inclina un poquito más hasta que su pecho toca el mío y su lengua me hace cosquillas al hablarme al oído.

—Tú dame esos cinco minutos primero y luego ya veremos cómo me suplicas por más.

Debería apartarlo de mí, decirle que es un arrogante además de un fantasma. Que los que más presumen son los que más carecen. Que está invadiendo mi espacio personal y que se vaya a la mierda.

Eso es lo que debería hacer.

Pero lo que hago es poner mi mano en su pecho, agarrarlo de la camiseta y estampar mis labios contra los suyos.

¿Que cómo he pasado de querer echar solo una meadita rápida a estar morreándome con un tío en el baño? Pues ni puta idea, pero no voy a analizarlo ahora porque su lengua acaba de hacer contacto con la mía y odio admitir que me están dando el mejor beso que me han dado jamás.

El tío sabe lo que se hace, aunque no pienso decírselo. Ni esto ni lo otro. Lo que hago es centrarme en el beso; en cómo sus manos recorren mis brazos desnudos hasta colocar ambas en mi cintura. En cómo levanta mi camiseta lo justo para poder tocar mi piel. En el gruñido que sale de su garganta cuando lo hace y en cómo se bebe el mío con sus labios y su lengua. En cómo me muerde el labio inferior, lo cura con la punta de su lengua y vuelta a empezar. En cómo mis manos suben hasta su cuello hasta enredar mis dedos en ese pelo rubio y agarrarme a él como si me fuera la vida en ello. Si le hago daño, que se aguante.

Deja mi cintura para bajar despacio hacia mi espalda y de ahí a donde esta pierde el nombre. Y, joder, lo hace tan lento, tan despacio que estoy a un tris de separarme y suplicarle que me toque el culo bien fuerte.

Abandona mis labios para darle atención a mi cuello. Yo me limito a cerrar los ojos, echar la cabeza hacia atrás y dejarlo hacer lo que le dé la real gana.

Si alguien me pregunta, no sabría decirle si han pasado segundos, minutos o años. Me he abandonado tanto a este beso que todo lo demás ha desaparecido del mapa.

Pero supongo que solo han pasado cinco minutos, porque la puerta se abre y con ella llega el chico de antes. No lo veo, pero lo siento. Y lo oigo.

—Lo siento, tío, en serio, pero voy a terminar meándome en los pantalones.

Abro los ojos despacio, jadeando. Cuando lo hago, me encuentro con los ojos grises de antes, solo que ahora con casi negros, como si fueran dos pepitas de chocolate, y me observan con tanto deseo que, si me lo pidiera, sería capaz de entregarle hasta el sujetador.

Ninguno de los dos hace caso al pobre chico, que por lo menos ha tenido la decencia de meterse en uno de los cubículos vacíos para mear. Solo podemos mirarnos el uno al otro. Mi respiración va a mil por hora, pero la suya no va mucho mejor. Lo sé porque la siento en la palma de la mano.

—Dime cómo te llamas —me pregunta en un susurro. Me pasa el pulgar por el cuello y a mí se me eriza hasta el vello del culo—. Yo me llamo Shawn Porter.

Podría decirle cómo me llamo. De hecho, ¿por qué no lo hago? Por el alcohol. Esta noche toda la culpa de lo que haga y de lo que no la tiene el alcohol.

Paso por debajo de su brazo y me escabullo de él. Aunque siento las piernas de gelatina, consigo llegar a la puerta sin caerme. Justo cuando abro y el ruido de la discoteca me devuelve al presente, me giro para mirarlo. Sigue parado en el mismo sitio, con las piernas ligeramente separadas, el pelo alborotado y los labios rojos e hinchados. Si los suyos están así, no quiero ni imaginar cómo estarán los míos.

Una pequeña sonrisa comienza a perfilarle los labios, estirando de estos hacia arriba. Yo solo rezo para que no se le formen hoyuelos. Como aparezca alguno, soy capaz de decirle mi nombre y hasta mi número de la seguridad social.

Por suerte, no aparecen.

—¿No vas a decirme tu nombre?

Sonríó mientras niego con la cabeza y le guiño un ojo.

—Hasta la próxima, Shawn Porter.

CAPÍTULO 2

Me llamo Shawn Porter

Otra vez

~Hailey~

—Estás nerviosa.

—No.

—Era más bien una afirmación.

—Pero no estoy nerviosa.

—Somos gemelas, pequeño poni. Puedes engañar a cualquiera menos a mí.

—Entonces, si sabes la respuesta, ¿por qué preguntas?

—Porque me encanta sacarte de quicio. —Veo a Chelsea poner los ojos en blanco y a Brad, su novio, reprimir una sonrisa.

Vamos camino de casa de Scott, el primo de Brad. Por lo visto, él y su compañero de piso dan una pequeña fiesta. No tengo ni idea de qué celebran, pero es escuchar la palabra fiesta y yo me apunto.

Por lo que Brad nos ha contado —o Brad le ha contado a Chelsea y ella a mí—, Scott y él son como hermanos. Ambos son hijos únicos y se han criado juntos. Se llevan más que bien y para él es importante que este conozca a «su chica». Es monísimo cada vez que la llama así, aunque a mí tantos corazones pululando por el aire me entran ganas de vomitar.

De repente, siento como unos brazos me cogen por la cintura y me levantan en el aire. No hace falta que me gire para saber quién es. Una vez en el suelo, me giro hacia Jacob, el compañero de

equipo de Brad. Es guapo hasta decir basta, eso no puedo negarlo, y tampoco hay necesidad.

Se inclina hacia delante hasta dejar sus labios sobre los míos y darme un beso no apto para todos los públicos. Cuando se aparta, me guiña un ojo mientras me coge de la cintura y me acerca a él.

—¿Crees que vas a tener tiempo para mí esta noche, preciosa? —Sonrío, pensativa, mientras me llevo el dedo índice a la barbilla y me doy golpecitos en ella.

—No sé, depende de cómo te portes.

—¡Pero si soy un angelito!

—De los que están podridos —dice Luke, mejor amigo de Brad y compañero de este y de Jacob en el equipo de *hockey*. Jacob lo mira con una mano en el corazón y fingiendo sentirse ofendido.

—Me has herido aquí, tío.

—Si tú de eso no tienes. —Luke se acerca a mi hermana, le da un beso en la mejilla y luego viene hasta donde estoy yo. Me da otro y me pasa un brazo sobre los hombros, separándome de su amigo y haciendo caso omiso de las quejas de este—. Deberías aspirar a algo mejor, Hails.

—¿Cómo quién? —Mueve las cejas arriba abajo de forma insinuante y yo no puedo más que reírme—. En vez de jugadores de un equipo de *hockey* sobre hielo parecéis un grupo de perros en celo.

—¿Y eso es malo? —pregunta Jacob, y yo no sé si lo dice en serio o en broma.

Seguimos andando entre risas, empujones y unas cuantas pullas más. Todos menos Chelsea, que la pobre está tan tensa que parece que lleve un palo metido por el culo. Y lo digo con cariño.

Chess y yo somos gemelas idénticas, a excepción del lunar que yo tengo sobre el labio y ella no. Pero en cuanto a personalidades, somos como el agua y el aceite. Mientras que ella es más bien dulce, tímida, estudiosa en exceso, aplicada y vergonzosa, yo soy todo lo contrario: abierta, sin filtros, extrovertida, no tengo pelos en la lengua y me da exactamente igual lo que los demás piensen de mí. Menos la gente que quiero. Así que no es de extrañar que Chelsea

esté nerviosa porque va a ser presentada en sociedad. Dicho así parece de la aristocracia, pero la cuestión es que Brad es el capitán del equipo de *hockey* sobre hielo de la Universidad de Vermont, algo así como el príncipe Guillermo de aquí, y mi hermana es su princesa. Y aunque ya conoce a muchos de sus compañeros de equipo y todos la han acogido como si siempre hubiese estado con ellos y con una naturalidad que asombra, a ella aún le cuesta y le da vergüenza acaparar tanto protagonismo.

En cuanto llegamos a la puerta de la casa del primo de Brad, sonrío orgullosa cuando veo que este le da un pequeño beso en la punta de la nariz a mi hermana, le dice algo al oído que la hace sonreír y sonrojarse, y la coge de la mano.

Siempre que los veo juntos me burlo de ellos y les digo que me entran ganas de vomitar, pero me parecen adorables, como dos cachorrillos a los que les rascarías la cabeza y aplaudirías por lo bien que lo han hecho.

Llamamos a la puerta y entramos cuando esta se abre. No tengo ni idea de quién nos recibe, pero por los gritos y los «¡eh, tío!» que se dicen unos y otros entiendo que ellos sí.

Me dejo llevar por la marabunta y no tardo en llegar hasta un comedor minúsculo en el que no cabe ni un alfiler más. ¿A cuánta gente han invitado estos chicos? Me acerco a mi hermana lo máximo que puedo. Ya he dicho que me encantan las fiestas, pero hasta yo tengo miedo. En serio, aquí no cabe nadie más. Por no hablar de la música.

—¿No crees que esto es un poquito exagerado? —me grita mi hermana prácticamente en el oído.

—¿Tan populares son? —Chelsea se encoge de hombros.

—Por lo visto, Scott, el primo de Brad, era el anterior capitán del equipo de *hockey*. —La miro entrecerrando los ojos—. El chico que se lesionó en el partido de hace unos días. ¿Te acuerdas?

Sé que se lesionó un chico, pero no sabía que había sido él.

Asiento y vuelvo a echar un vistazo a mi alrededor. Me encuentro con Luke, que ya lleva un vaso rojo en una mano y una

chica pelirroja en la otra. ¿En serio? ¿Cómo le ha dado tiempo a conseguir las dos cosas tan rápido? Ha tardado lo mismo que yo en pestañear.

Sigo a Chelsea, que es arrastrada por Brad hasta unos sofás. Aunque no puedo ver muy bien porque, encima, no es que sea muy alta, me parece ver que se dirigen hasta un chico que está sentado en él.

—Scott, ¿qué tal? —saluda Brad al llegar—. Esta es Chelsea.

—Moverse entre esta gente debería considerarse deporte nacional —le digo a mi hermana cuando consigo colocarme otra vez a su lado, aunque ella parece no prestarme mucha atención. Está mirando fijamente al que supongo que es el primo de Brad.

Se trata de un chico de complexión fuerte, alto —a pesar de que está sentado, pero se nota—, moreno y con el pelo corto y despuntado. Lleva barba de hace unos días y tiene unos ojos verdes con tonos azules que harían caerse de culo a cualquiera. Si lo miras bien, se parece a su primo, se nota que son familia y, aunque Brad también es guapo, debo reconocer que este está para mojar y repetir hasta atragantarse. ¿Qué narices les dan a los chicos del equipo para desayunar?

Pero conociendo a mi hermana no lo está mirando así por lo bueno que está, sino porque el chico la está mirando como si fuera la última persona sobre la faz de la Tierra a la que querría ver y eso la está haciendo sentir incómoda. Brad no parece darse cuenta, está hablando tan tranquilo con él, ajeno por completo a las dagas que salen de los ojos del chico directas a mi hermana.

—Pero ¿qué narices? —Estoy a punto de intervenir cuando algo me detiene. Bueno, más que algo, alguien.

Es una voz. Me llega lejana, pues es imposible que con el ruido que hay en este sitio te llegue algo con claridad, pero me llega, y nada más hacerlo siento como el vello de la nuca se me eriza y la sangre me bombea con un poquito más de rapidez.

Me giro despacio, casi a cámara lenta, esperando que no sea verdad lo que creo. O que sí lo sea. Estoy un poquito confusa conmigo misma ahora mismo.

—¡Porter! —grita alguien, confirmando mis sospechas. Unas sospechas que se intensifican cuando el chico rubio del cuarto de baño se abre paso entre la gente.

Además de llevar dos vasos rojos en cada mano, que eleva en alto mientras camina hacia nosotros, lleva la puñetera sonrisa esa que tanto me gustó y que le regala a todo aquel que se cruza en su camino. También lleva puestos los ojos grises a juego.

Una mano pasa por mi lado, dándome un pequeño empujón, hasta llegar al susodicho y a uno de esos vasos.

—Ya creía que te habías perdido —le grita una chica que supongo que será la que me ha dado el empujón. El rubio le da un vaso y un beso en la mejilla.

Aún no ha reparado en mí.

—Aquí estás. —Una mano se coloca sobre mis hombros. Una mano masculina que me pega a un cuerpo musculoso y fibroso. El olor de Jacob es inconfundible, pues huele a menta y a hierba recién cortada, y en otros momentos me giraría hacia él, le sonreiría, le pediría una copa y que me sacara a bailar. Pero la realidad es que no puedo dejar de mirar al recién llegado.

No he vuelto a verlo desde aquella noche. Juro que no lo busqué después, cuando volví con mi hermana, ni tampoco por el campus en los días siguientes, pero no puedo jurar que no haya pensado en el beso que nos dimos más de una vez. Y puede parecer absurdo porque no fue más que un beso y de esos me he dado miles, pero, joder, fue un buen beso. Uno de esos que recuerdas en sueños o mientras estás sola en la cama o en la ducha y necesitas munición con la que destensarte.

—¿Quieres algo de beber, preciosa? —Siento el beso de Jacob en el cuello y no puedo evitar sentirme culpable por estar pensando en esto cuando con este chico me he dado estos últimos días más que un único beso o hemos hecho cosas mucho mayores.

Me obligo a mirarlo y sonrío mientras asiento.

—Me encantaría.

—¿Algo en especial?

—Lo que tú quieras. —Me sonrío de forma pícaro y yo pongo los ojos en blanco.

Busca mi mano, entrelaza nuestros dedos y comienza a caminar, supongo que de camino a la cocina. Pero no hemos dado ni dos pasos cuando se para a saludar a alguien.

—Eh, Porter. Menuda fiesta, ¿no? —Mierda, mierda y triple mierda.

—Supongo que se me ha ido un poco de las manos. —Jacob se ríe. Cuando lo hace, sus hombros se mueven y, como vamos cogidos, nos movemos juntos.

—Mira, te presento. —No, no. Joder. Quiero gritarle que no me apetece conocer a nadie, que de repente me he vuelto una antisocial, pero ya es demasiado tarde. Me aprieta la mano, llamándome y obligándome a apartar la vista del grupo de chicos que estaban jugando al *beer pong* y centrarla en el chico que tengo delante.

En cuanto lo hago, reprimo el impulso de llevarme los dedos a los labios y tocármelos, porque acabo de recordar su sabor y la sensación de tenerlos encima, de sentir sus manos en mi cintura, su respiración en mi oído y de sentir el latir acelerado de su corazón bajo mi palma.

Joder, en serio, fue solo un beso. Uno.

Pero menudo beso.

Y no debería afectarme como lo hace. No está bien, sobre todo cuando lo miro a los ojos durante unos segundos y no veo... nada. Ni un pestañeo, ni un aleteo, ni un reconocimiento.

Nada.

Shawn se limita a sonreírme y eso solo consigue ponerme nerviosa.

—¿Qué tal? —me pregunta. Después, lo veo extender la mano y colocarla frente a mi cara—. Me llamo Shawn Porter.

¿En serio? Me quedo mirando su mano durante unos segundos, como si en vez de grande, de dedos largos y varonil, fuese verde y con las uñas torcidas. Al final, extendiendo la mía y se la cojo.

—Encantada —digo, consciente de que no le digo cómo me llamo. Shawn ladea la cabeza y me mira entrecerrando los ojos. Durante un instante creo que va a decir algo, que me ha reconocido, pero se limita a asentir y a soltarme.

—Igualmente. —Deja de mirarme y vuelve a centrarse en Jacob—. ¿Vas a la cocina? —Aunque no veo a mi acompañante, intuyo que asiente—. No se te ocurra beberte el líquido azul que hay en la nevera. No sé qué mierdas ha echado Peyton ahí dentro, pero eso está malísimo y demasiado cargado.

—Entendido.

—¡Pasadlo bien, pareja! —Le da una palmadita al jugador de *hockey* en la espalda cuando pasa por nuestro lado y... fin. Ni siquiera me mira, ni de reojo.

Algo se asienta en la base de mi estómago, algo parecido a la decepción. Yo aquí, rememorando nuestro beso durante más de diez días, y el muy capullo ni siquiera me ha reconocido.

La decepción no tarda en convertirse en rabia. ¡Será gilipollas! Pero ¿quién se cree que es? Nadie menosprecia de esta manera a una Wallace. Pero sí, me siento menospreciada y, qué coño, mi orgullo está herido. Es como si lo hubieran pisoteado. O, mejor dicho, metido en la trituradora y le hubieran dado al botón de máxima potencia.

No puedo evitar mirar por encima del hombro y buscarlo; está hablando ahora con Brad y mi hermana sin dejar de sonreír, ajeno por completo a la mala hostia que tengo encima. La chica rubia está cogida de su brazo y parece un puñetero koala.

Busco de nuevo a Jacob, que es ajeno a todo esto, y lo llamo. Se gira para mirarme con una sonrisa sincera.

—Dime, preciosa.

—¿Vamos a por esa bebida? Estoy muerta de sed. Y espero que luego me saques a bailar un poco, aunque no sé cómo lo haremos, parecemos sardinas en lata.

Jacob tira de mí hasta colocarse a mi espalda. Pasa los brazos por mi cintura y comienza a caminar.

—Yo te protejo con mi cuerpo.

Esto es lo que quiero. ¿Puede resultar pretencioso? Sí, pero a todas nos gusta gustar y que nos hagan caso. Y puedo asegurar que a ninguna nos gusta que se olviden de nosotras tan rápido. O no rápido, que directamente ni nos recuerden.

Por eso no le dedico ni un segundo más de mi tiempo a Shawn Porter, ni a su boca ni a su lengua. No se lo merece, joder.

**EN LA
ACTUALIDAD**

CAPÍTULO 3

Y la vida cambia con una llamada

~Hailey~

En la actualidad

Durante toda tu vida te preparan para muchas cosas. Por ejemplo, cuando no eres más que un bebé, te preparan para que sepas comer solo, andar o hablar. Luego, conforme vas creciendo, lo que hacen contigo es prepararte para el mundo, que consiste, básicamente, en aprender un oficio y en valerte por ti misma. Te enseñan que lo importante es estudiar, ir a la universidad y sacarte una carrera. Si a eso le sumas un doctorado o un máster, tienes el futuro asegurado.

Para lo que no te preparan es para recibir la llamada de teléfono que cambiará tu vida para siempre. Si es para algo positivo, estupendo. Si es para decirte que tu hermana acaba de tener un accidente de coche y que está muy grave en el hospital, lo único que puede pasar es que se te pare el corazón y sientas que estás a punto de desmayarte.

—¿Hailey? Hailey, ¿qué pasa? —La voz de mi amiga Helena, que está justo a mi lado, me llega lejana y un tanto vacía. Aprieto el teléfono móvil con tanta fuerza contra mi oreja que hasta me duele.

Pero no me importa, porque en estos momentos solo puedo pensar en ella: Chelsea.

—Señorita, ¿está usted ahí? —Por fin consigo reaccionar. Parpadeo, secándome así las gotas de agua que me caen del pelo

directas a los ojos. O a lo mejor no son gotas de lluvia y es que estoy llorando.

Fijo la vista al frente y asiento de forma reiterada.

—¿Señorita? —Me lleva unos segundos darme cuenta de que la persona que está al otro lado del teléfono no puede verme.

—Sí... —carraspeo, intentando aclararme la voz, porque ahora mismo es como si tuviera una lija en la garganta—. Es... estoy aquí.

—¿Ha oído lo que le he dicho, señorita?

Como vuelva a llamarme señorita, grito.

Siento una mano sobre mi hombro. Me giro, sobresaltada, para encontrarme con Helena, que me mira preocupada. No sé si es por algo que veo en sus ojos, o por culpa de la lluvia, que me tiene calada, pero comienzo a temblar. La barbilla me castaña tanto que tengo que sujetármela con la mano que tengo libre.

—Hospital de Ottawa. Chelsea Wallace. Accidente —digo de forma atropellada, intentando resumir así todo lo que me ha dicho el chico que me ha llamado por teléfono.

Un grito sordo escapa de la garganta de mi amiga. Yo ni siquiera puedo gritar. Aún no sé cómo he podido pronunciar esas seis palabras.

—¿Avisa usted a sus padres, señorita?

Mis padres. Oh, mierda, mis padres.

Doy un par de pasos hacia atrás hasta tropezarme con lo que creo que es una pared. Resbalo por ella hasta quedar sentada en el suelo de la calle con las piernas extendidas hacia delante.

—¿Señorita?

—¡¡No vuelva a llamarme señorita, joder!! —Ni siquiera sé de dónde he sacado la fuerza para gritar. Alguien me quita el teléfono de las manos, pero no miro quién es. Solo puedo temblar y centrarme en sujetarme la barbilla o al final con tanto choque se me acabará rompiendo.

Mi hermana ha tenido un accidente.

Mi hermana, que viajaba con Brad, su novio, a nuestra casa, en Ottawa, por Navidad, para que nuestros padres conocieran al chico por el que suspira, ha tenido un accidente.

Y está muy grave.

La primera arcada llega sin avisar. Consigo incorporarme rápido y ponerme de rodillas antes de empezar a vomitar. Vacío todo lo que tengo en el estómago, o eso creo, porque parece que no puedo parar. Los vómitos se mezclan con los sollozos que escapan de mi garganta y los gritos que luchan por salir. Debo de tener una pinta horrible, pero no puede importarme menos.

—Hails... Hails, ¿me oyes? —Sé que alguien me está hablando, pero no puedo concentrarme. La visión se me empieza a empañar y solo puedo pensar en Chelsea—. ¡¡Hailey!! —El grito suena con fuerza por encima del sonido de la lluvia.

Me giro hacia Helena, pues no puede ser otra persona la que me está llamando, y me lanzo a sus brazos. Mi amiga no se aparta. Me recibe con los brazos abiertos a pesar del aspecto tan lamentable que tengo. Escondo la cabeza en su cuello y empiezo a llorar sin control.

—Mi hermana...

—Lo sé...

No, no lo sabe. Mi hermana es mi alma gemela, mi media naranja, si algo le pasa, me muero.

Me aparto un poco de ella y la miro a los ojos. A pesar de la lluvia que también la está empapando entera, puedo ver que estos están brillantes y también puedo ver que está intentando contenerse para no llorar.

—Hospital de Ottawa. Chelsea Wallace. Accidente —repito las palabras que le he dicho al operador hace unos segundos, como si eso fuese lo único que mi cabeza es capaz de procesar. Helena asiente con la cabeza mientras me agarra del brazo con suavidad y me ayuda a ponerme de pie. Después, me sujeta por los hombros y se inclina hacia delante hasta que nuestras caras están tan pegadas que es imposible mirar otra cosa que no sea ella.

—Tenemos que irnos al hospital. Lo entiendes, ¿verdad? —Habla despacio, con pausa, como si yo fuese una niña pequeña a la que le están explicando algo que no entiende. No puedo más que

asentir. Ella tuerce el gesto y algo me dice que lo próximo que va a decir no me va a gustar nada—. Tienes que llamar a tus padres, Hails.

El pinchazo de antes vuelve con más fuerza si es que eso es posible.

Mis padres. Tengo que llamarlos para decirles que su hija está en el hospital y que está muy grave.

Comienzo a negar con la cabeza de forma vehemente.

—No puedo... No puedo hacerlo... —Unas manos frías y firmes me sujetan la cara. Helena sigue teniendo los ojos brillantes, pero me mira con una determinación que no le había visto jamás.

—Puedes y lo vas a hacer, ¿me oyes? Yo voy a estar aquí a tu lado. Después, vamos a coger el coche y vamos a ir cagando hostias a Ottawa a ver a tu hermana.

—Y si... Oh, joder, Helena, ¿y si cuando llego es tarde? ¿Y si cuando llego Chelsea está...?

—Ni se te ocurra pensar en eso —me corta. Está tan llena de determinación que está a punto de convencerme, pero el Pepito Grillo de la negatividad siempre está ahí, al acecho.

—¿Cómo lo sabes? —logro preguntar. Por primera vez desde que he descolgado ese maldito teléfono y mi mundo se ha venido abajo, mi amiga esboza una ligera sonrisa.

—Porque es una Wallace y jamás he visto a una Wallace rendirse por nada. No va a empezar a hacerlo ahora.

Tengo tantas tantas tantas ganas de creer en sus palabras que no puedo más que asentir con convicción.

Me coge de la mano y me la sujeta con fuerza mientras andamos deprisa hacia la residencia. Por el camino saco el teléfono del bolso y marco el teléfono de mi padre John. Podría llamar a Kevin, pero todos sabemos que es el más sentimental de los dos y esto tengo que hablarlo con alguien que pueda tener la mente más fría.

Respiro hondo cuando suena el primer tono. Cuando suena el tercero, creo que estoy a punto de vomitar de nuevo.

—¿Cómo está mi pastelito de crema? —Mierda, es Kevin. Mierda. Mierda. Mierda.

Respiro hondo a la vez que atravesamos la puerta de la residencia, resguardándonos ya así de la fuerte lluvia. Estamos poniendo el suelo perdido y a Karina, la chica que se encarga de vigilar que todo esté en orden, se le nota que está a punto de darle un infarto. Va a abrir la boca para reñirnos, pero algo debe de ver en nuestras caras porque no sale sonido alguno de ella.

—¿Hailey? —La voz de mi padre me devuelve al presente. Respiro hondo un par de veces, intentando controlar la voz y que esta no me salga temblorosa.

—Hola, papá. ¿Está papá por ahí? Tengo que comentarle una cosa. —Estoy a punto de darme una palmadita mental, porque creo que he sonado muy convincente, hasta que Kevin habla de nuevo.

—¿Qué ocurre? —No hay ni rastro de diversión o jovialidad en su tono de voz.

Carraspeo y sonrío, aunque no pueda verme, para ver si así lo hago mejor esta vez.

—Nada, que quiero comentarle una cosa.

—Dímela a mí.

—Pero...

—Hailey Wallace Patterson, habla. —Nunca había oído a mi padre hablar tan serio, ese es John. Kevin es el osito de peluche, el que siempre tiene una sonrisa en la cara, el optimista de la familia. Y el más llorón.

Cojo aire por millonésima vez en menos de una hora y decido soltarlo todo de golpe.

—Chelsea y Brad han tenido un accidente de coche. Me acaban de llamar por teléfono para decírmelo desde el hospital de Ottawa, donde los han llevado. Está grave, papá, pero no sé nada más.

Me callo de golpe porque no tengo más información que darle y la verdad es que tampoco puedo, porque me he puesto a llorar.

Esperaba escuchar gritos o tal vez llantos. Lo que no esperaba era escuchar este silencio.

—¿Papá? —Me aparto el teléfono de la oreja a ver si se hubiera cortado la llamada, pero la imagen de mis padres y el nombre de «Papá John» siguen en la pantalla—. ¿Papá?

—Vamos para allá —dice de pronto tan serio que da miedo—. Tú no te muevas de la residencia, te llamaremos tan pronto como estemos en el hospital.

—Papá, quiero estar allí.

—Te llamaremos tan pronto como estemos en el hospital —repite.

—Voy a ir —susurro, aunque con convicción.

—Hailey, no.

—Papá, por favor, aquí me muero. —De repente, lo escucho; un sollozo. Y no es mío—. ¿Papá?

—No puedes venir.

—Pero...

—Tu hermana acaba de tener un accidente. No puedo ni siquiera pensar en que tú cojas ahora el coche y puedas tener otro. Te lo suplico, Hailey, no vengas. Sé que es egoísta y que no debería estar pidiéndote esto, pero ven mañana, cariño. Deja también que encuentre las fuerzas necesarias para ocuparme de ti cuando llegues, por favor.

El corazón se me rompe más de lo que ya lo está y, aunque necesito estar con mi hermana, verle la cara y decirle cuánto la quiero, entiendo a mi padre y no puedo más que asentir ante sus palabras.

—Vale, papá.

—¿De verdad?

—Sí.

—Gracias, cariño. —Nunca había escuchado a nadie decir dos palabras tan bonitas con tanto dolor.

—Avísame de todo.

—Te lo prometo. Te quiero, Hailey Wallace Patterson.

—Dile que la quiero.

—Lo sabe.

Colgamos a la vez y a mí el mundo se me viene encima en cuanto se corta la llamada. Unos brazos me sostienen mientras caminamos hacia la que supongo será mi habitación. Entramos y no puedo evitar cerrar los ojos cuando el olor de mi hermana me inunda las fosas nasales. Echo un vistazo a la estancia, a sus cosas, y siento tal presión en el pecho que es como si alguien hubiera metido la mano dentro y estuviera apretujándolo.

Me desnudo con la ayuda de Helena y me meto en la ducha con el agua caliente al máximo. Siento que mis músculos empiezan a desentumecerse, pero la presión en el pecho no disminuye. Salgo y me visto con uno de los pijamas de Chelsea. Me meto en su cama y cierro los ojos, con el móvil bien pegado al pecho esperando a recibir las noticias de mis padres. No tardeo en notar como mi amiga se mete en la cama conmigo. Huele a limpio, por lo que deduzco que se ha dado también una ducha.

Estoy a punto de darme la vuelta para mirarla cuando el teléfono comienza a sonar. Me incorporo tan rápido que este está a punto de salir volando. Descuelgo sin ni siquiera mirar quién es, aunque me hago una idea.

—¿Papá?

—Hola, cariño. —Es John. Habla serio, aunque no está llorando. Eso es buena señal, ¿no?

—¿Papá? —repito.

—Está bien, cielo. —Siento como si me acabaran de quitar una enorme losa de encima. Empiezo a llorar tanto y tan fuerte que me lleva unos segundos tranquilizarme y dejar que mi padre continúe.

—Perdona —consigo decir al cabo de unos segundos. Una pequeña risa me llega desde el otro lado y juro que es el mejor sonido del mundo.

—Está en el hospital —sigue explicándome—, tiene una pierna bastante mal y la están operando, además de una contusión. Tienen que examinarla bien para ver que no hay daños internos, pero a simple vista está bien, y consciente. Ha preguntado por ti.

No puedo evitar romper a reír en una carcajada un tanto histérica.

—Dile que mañana estaré ahí a primera hora.

—Ya lo sabe. —Miro a Helena, que llora igual de emocionada que yo. De repente, noto que llevamos unos cuantos segundos en silencio y el silencio nunca es bueno.

La piel empieza a ponérseme de gallina y un mal presentimiento me recorre entera.

—¿Pasa algo? —Escucho el suspiro de pesar de mi padre alto y claro.

—Es Brad, su novio.

Me llevo una mano a la boca, consternada.

Brad. Ni siquiera me acordaba de él.

—Está en coma. Aún es muy pronto para hacer conjeturas, pero no pinta bien —termina de decir mi padre.

Imágenes de Chelsea y Brad comienzan a llegar a mi mente en forma de *flashes*. De los dos juntos riéndose, paseando por el campus o estudiando para algún examen. De mi hermana animándolo en los partidos o de los dos bailando juntos en las fiestas a las que íbamos. O de Brad comiéndosela con los ojos y besándola a todas horas porque no puede estar separado de ella.

Brad está en coma.

—¿Chelsea lo sabe? —Su silencio es toda respuesta que necesito. Cojo aire y lo suelto muy poco a poco—. Yo se lo diré cuando llegue.

—La va a destrozar, Hailey.

—Es una Wallace Patterson, papá. Es más fuerte de lo que nos pensamos. —O eso espero.

Me despido de mi padre con la promesa, por su parte, de mantenerme informada cada cinco minutos, y de la mía, de por mañana por la mañana conducir con excesiva prudencia.

Cierro los ojos y me obligo a dormir, pues tengo que estar fresca y animada para el día siguiente. Chelsea no puede verme hundida ni tampoco preocupada. Tengo que estar fuerte por ella porque ahora es cuando más me necesita.

«Tú y yo, juntas. Siempre», susurro en mi cabeza justo antes de quedarme dormida.

CAPÍTULO 4

Qué mierda de vida a veces

~Shawn~

Han pasado dos semanas desde el accidente y todo sigue igual; con Brad en coma y sin pronóstico de que la cosa vaya a mejorar. Si a mí me duele el pecho y la cabeza solo de pensarlo, no quiero ni imaginar cómo debe de estar Scott.

Me levanto de la cama a regañadientes y voy directo a la cocina. Abro la nevera y suelto un largo suspiro al ver que no hay nada apetecible para comer, solo la *pizza* fría que sobró hace dos noches y un tetrabrik de leche a medio empezar. Le quito el tapón a la botella y sonrío al notar que no huele mal. Le estoy dando un largo trago cuando escucho la puerta de casa abrirse. Me giro al tiempo de ver entrar a mi mejor amigo con un aspecto un tanto deplorable. Arrugo los labios mientras me limpio la boca con el dorso de la mano.

—Estás horrible. —Scott levanta la cabeza y me lanza dardos envenenados con los ojos. Deja las llaves de cualquier manera sobre el pequeño aparador que tenemos en la entrada y se acerca hasta donde estoy. Abre la nevera y frunce el ceño al ver el estado tan lamentable en el que la tenemos—. Yo me voy a calentar la *pizza*, ¿quieres un trozo?

Scott se encoge de hombros por toda respuesta.

Hemos pasado de los gruñidos a los encogimientos de hombros, no está mal.

Dejo el tetrabrik sobre la encimera y saco la *pizza* de la nevera. Scott se aparta de mi camino y se va hasta el comedor. Allí se deja

caer en el sofá, visiblemente cansado. Apoya la cabeza en el respaldo y lo veo cerrar los ojos.

—¿Una mala noche?

Otro encogimiento de hombros.

Dios. Esto va cada vez mejor.

Meto la *pizza* en el microondas y espero hasta que este pita. Después, dejo un par de trozos en cada plato y me voy hasta el sofá. Le dejo a Scott el suyo sobre el regazo y me dejo caer a su lado. Miro por la ventana y por unos segundos me quedo hipnotizado viendo los copos de nieve caer sobre Burlington. Siempre me ha gustado la nieve, y la lluvia, aunque ahora es un tema tabú en esta casa.

Le echo un vistazo a Scott y veo que no es que no ha tocado el plato todavía, es que aún lleva la chaqueta puesta. Continúa con los ojos cerrados. ¿Se habrá dormido? No me extrañaría. Lleva quince días durmiendo como el culo, y eso hablando de forma suave.

—Te veo observarme —dice de repente. Me meto un trozo de *pizza* en la boca y comienzo a masticar.

—Creía que te habías dormido.

—No será por falta de ganas.

—¿Cuándo vas a dejar de dormir en ese sofá? —Abre los ojos y me mira como si estuviera perdonándome la vida. Sé que no le gusta nada que saque el tema, pero es que va a terminar teniendo problemas serios de cervicales como siga empeñándose en pasar la noche en el hospital. Me meto otro trozo de *pizza* en la boca y niego con la cabeza—. Me da igual que me mandes a la mierda o que me mires con esa cara de psicópata, pero no es sano y lo sabes.

—Es mi primo.

—Lo sé, pero no porque pases todas las noches en ese hospital se despertará antes. —La mirada que me echa en este momento no es de odio, sino de dolor. Sacudo la cabeza mientras me coloco de lado para poder mirarlo bien a la cara—. Mierda, Scott. Lo que le ha pasado a Brad es una auténtica putada y no quiero ni imaginar por lo que estás pasando o cómo te encuentras. Ni tú ni tu familia, pero martirizarte de esta forma no es sano. ¿Por qué lo haces?

Lo veo apretar la mandíbula. Creo que, si ahora pudiera, me pegaría un puñetazo y parece que la idea lo tienta, pero al final parece optar por dejar el plato con los trozos de la *pizza* intactos sobre la mesa de centro y ponerse de pie.

—Primero, porque es mi amigo, mi primo. Mi familia. Y segundo... —Se calla. Después, parece pensárselo mejor, porque sacude la cabeza y con un resoplido se aleja por el pasillo. No tardo en escuchar el portazo procedente de su habitación.

Suspiro y me hundo más en el sofá.

Qué mierda de situación.

Qué mierda de vida a veces.

Me termino mis dos trozos de *pizza* y decido que mi amigo tiene que comer algo o morirá de inanición, así que le acerco su plato a su habitación. Cuando llego, la puerta está cerrada y no se escucha ningún sonido, así que abro la puerta con cuidado; la luz está apagada y Scott está tirado sobre la cama, bocabajo. Por lo menos se ha quitado la chaqueta y la sudadera, aunque no las deportivas, y los ronquidos, aunque suaves, se oyen desde la puerta.

Entro, dejo el plato sobre su mesita y le quito las zapatillas. Después, me marcho. Espero que duerma por lo menos cinco horas seguidas, que buena falta le hacen.

Vuelvo a mi habitación y me tumbo de nuevo en la cama, con el brazo bajo la cabeza y sin quitar los ojos del techo.

Supuestamente, a estas horas, tendríamos que estar en el *pub* donde toca Scott junto a Brad y Luke, el mejor amigo de este y compañero del equipo de *hockey*, preparándolo para esta noche, ya que es Nochevieja. Sin embargo, Scott no va a tocar en ningún sitio, Luke no tiene muchas ganas de fiesta y Brad... Joder, ni siquiera quiero pensar en él.

Yo, por mi parte, tampoco tengo muchas ganas de fiesta y eso es raro viniendo de alguien como yo, que me va más la marcha que a un tonto un moco, pero desde que pasó el accidente es como si una nube negra se hubiera cernido sobre todos nosotros, dejándonos tan apagados que no sé si alguna vez podremos levantarnos.

Está claro que la vida puede cambiarte en apenas un segundo, así que lo mejor es vivirla al máximo. Nunca sabes lo que puede pasar mañana.